

«Reconocer» el Amor para
entregarle nuestra libertad

PUNTOS DE REFLEXIÓN SOBRE EL DISCERNIMIENTO ESPIRITUAL¹

Con ocasión de breves pero ya numerosos cursos a religiosas y religiosos sobre el tema del discernimiento, he preparado, una y otra vez, diferentes esquemas con los cuales he desarrollado exposiciones que fundamentalmente contienen las mismas ideas, aunque reflexionadas desde diversas perspectivas, omitiendo o agregando aquí y allá aspectos particulares según las circunstancias. He tenido el proyecto de conjugar todos esos esquemas y escribir un ensayo más completo y sistemático sobre el discernimiento espiritual. Desafortunadamente no he logrado disponer del tiempo que ese trabajo requiere y he debido posponer mis deseos continuamente. Por fin me he resignado a elaborar esta edición, un trabajo que se limita modestamente a proponer algunos *puntos de reflexión* que considero más esenciales. El artículo está pensado a la manera de una ayuda para la reflexión u oración personal o para reuniones comunitarias u otro tipo de encuentros de reflexión sobre un tema de tanta actualidad hoy, no sólo para los religiosos sino para todos los cristianos que se empeñan seriamente en orientar sus vidas según el Espíritu. Cada punto insinúa, rápidamente, ideas para profundizar y desarrollar, cuestionar y complementar. Todos, en su conjunto, constituyen una descripción de lo que es el discernimiento, sus presupuestos, sus elementos esenciales, criterios y condiciones.

¹ Publicado en *Reflexiones CIRE*, Vol. XI, 3 (septiembre 1985) 25-49.

He tenido en mente de manera especial a los formadores, queriendo suministrarles los guiones o elementos para un proyecto de formación en el discernimiento. Formar para una espiritualidad de discernimiento me parece una tarea prioritaria que tienen por delante quienes acompañan a los jóvenes que se inician en el seguimiento de Jesús como Parte de una Iglesia misionera al servicio de la evangelización de América Latina.

El punto de partida

La necesidad del discernimiento arranca, como se puede constatar ya en sus más remotos orígenes históricos –en la Escritura y en la tradición de la vida monástica– de una doble vivencia de fe.

1. *Dios está presente y actuante* en la vida de cada persona, en la historia y en el mundo. Es la presencia de un Amor-misericordia, que trabaja sin cesar, comunicando plenitud de vida. Es el Dios de la vida, el Espíritu vivificante, cuya inmensidad e incomprendibilidad nos abrumba y cuya voluntad no podemos comprender, pero que, sin embargo, se nos comunica y se deja sentir en cuanto prosigue su obra creadora en cada uno de nosotros y en la historia. Somos hechura incesante suya y a cada momento nos toca, nos mueve, nos interpela, nos cuestiona. San Ignacio habla de *mociones* que se causan en nosotros. Son las señales de su designio creador, con las que interpela nuestra libertad. La **Autobiografía** del «peregrino» de Dios, fue dictada por el santo para responder al insistente deseo de sus compañeros que ansiaban conocer «*el modo como el Señor los fue llevando desde el principio de vuestra conversión*»². En ella Ignacio afirma que «*en este tiempo le trataba Dios de la misma manera que trata un maestro de la escuela a un niño, enseñándole*»³. Todo el relato está marcado por esas señales o mociones variadas que se causaban alternadamente en su espíritu, produciéndole alegría o tristeza, paz o intranquilidad, entusiasmo o desánimo; señales que jalonaron su camino de peregrino en busca de la «*voluntad divina en la disposición de su vida*»⁴.

Descubrir el «modo de proceder» de Dios con nosotros, la manera como nos va conduciendo pacientemente hacia la plenitud de vida, en forma per-

² Autobiografía, prólogo de Nadal. Original latino en Fontes narr. 1, 354-363.

³ Autobiografía 27.

⁴ Ejercicios Espirituales 1.

sonal e irrepetible, es la tarea que se propone el discernimiento. Parte de la convicción de que Dios se comunica directamente con su creatura, dándole a sentir su voluntad y abrazándola en su amor, y de que es posible para el hombre detectar esas señales divinas.

Se trata de una *experiencia trinitaria*. La **Autobiografía** lo expresa con insistencia. Dios Padre, como amor-misericordioso, realiza con un proyecto concreto y lo guía como a un niño. El seguimiento de Jesús su Hijo, en el servicio del Reino, es el camino de realización de ese proyecto, bajo la guía amorosa del Espíritu. En las *Constituciones de la Compañía de Jesús*, esta experiencia trinitaria se consigna en el mismo Proemio:

La suma sapiencia y bondad de Dios nuestro Criador y Señor es la que ha de conservar y regir y llevar adelante en su santo servicio esta mínima Compañía de Jesús, como se dignó comenzarla, y de nuestra parte, más que ninguna exterior constitución, la interior ley de la caridad y amor que el Espíritu Santo escribe e imprime en los corazones ha de ayudar para ello⁵.

En los **Ejercicios** se hablará de ese proyecto en marcha: «el hombre es creado»; la meta es la «salvación de su ánima», es decir, la plenitud de vida, como lo interpreta la **Congregación General 32**: «*La salvación y perfección de las almas o lo que podría llamarse en términos contemporáneos, la liberación total e integral del hombre, que lleva a la participación en la vida del mismo Dios*»⁶. Por eso, el mismo Principio y Fundamento entiende el destino del hombre sobre la tierra como alabanza, servicio y reverencia. La *alabanza* es la gloria de Dios Padre, que está en que el hombre, todo hombre, tenga Vida; el *servicio* es la colaboración con el Hijo en el anuncio y la construcción del Reino en la historia; la *reverencia* es el acatamiento o docilidad a la moción del Espíritu, que guía el seguimiento y servicio de Jesús.

La importancia que Ignacio daba a este discernimiento de la unción del Espíritu, por sobre reglas y avisos, queda clara en lo que escribe al P. Juan Nuñez, Patriarca de Etiopía, al final de una larga instrucción:

Todo esto propuesto servirá de aviso; pero el Patriarca no se tenga por obligado de hacer conforme a esto, sino conforme a lo que la discreta caridad,

⁵ Proemio de las Constituciones 134.

⁶ Congregación General XXXII, Decreto 2, 11.

vista la disposición de las cosas presentes y la unción del Santo Espíritu, que principalmente ha de enderezarle en todas las cosas, le dictaré»⁷.

2. Junto a esta realidad, percibida en la fe, de la presencia y la acción de la Trinidad en nuestra vida, constatamos también *la presencia y la acción del «pecado que habita en nosotros»* y nos provoca a la muerte: *«Pero advierto otra ley en mi cuerpo que guerrea contra la ley de mi razón y me esclaviza a la ley del pecado que está en mis miembros»*⁸. En realidad, nos experimentamos incesantemente movidos y solicitados por otras fuerzas que se interponen, obstaculizan y frustran las mociones con que el Dios del amor nos impulsa hacia la vida. Son las «afecciones desordenadas» que es preciso discernir para rechazar, a fin de que, «después de quitadas», podamos *«buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de la vida para la salud del ánima»*⁹.

En el forcejeo de estas acciones contrarias: la moción de Dios hacia la vida y la atracción destructora del pecado que nos aparta del proyecto divino, *se ubica el discernimiento*, como trabajo de *«sentir y conocer las varias mociones que en la ánima se causan: las buenas para recibir, y las malas para lanzar»*¹⁰, como reza el título de las Reglas de discreción de espíritus.

3. Cuando la Congregación General 32 redefinió lo que significa ser jesuita hoy: *«Reconocer que uno es pecador y, sin embargo, llamado a ser compañero de Jesús, como lo fue San Ignacio... comprometerse bajo el estandarte de la cruz en la lucha crucial de nuestro tiempo: la lucha por la fe y la lucha por la justicia que la misma fe exige»*¹¹, no hizo otra cosa que declararnos más este camino de seguimiento de Jesús, *como una tarea de discernimiento incesante y leal*, en la que debemos estar siempre alerta para sentir las exigencias de este llamamiento a ser compañeros y las «invitaciones» que nuestra condición de pecadores nos hace para distraernos del camino; y para percibir las fuerzas encontradas en una lucha crucial en la que dos banderas, dos estrategias, se disputan nuestra vida.

⁷ Instrucción al P. Juan Nuñez, Patriarca de Etiopía. *Obras Completas*, BAC. 3ª edición. 964.

⁸ Rom 7: 23.

⁹ Ejercicios Espirituales 1.

¹⁰ *Ibíd.*, 313.

¹¹ Congregación General XXXII, Decreto 2, 1-2.

Hemos ligado nuestra vida a ese proyecto del Padre y nos sabemos «puestos con su Hijo» como el peregrino¹². El sentido y dirección de nuestra vida está de tal manera ligado al de Jesús, que vivir como El, en una continua referencia al Padre, «conducido por el Espíritu», para hacer en cada momento lo que sentimos que agrada al Padre, será la esencia de nuestra espiritualidad. En otras palabras, el *discernimiento* no es otra cosa que un *incesante seguimiento de Jesús*, bajo la guía del Espíritu.

4. Importa, pues en primer lugar, *conocer el discernimiento de Jesús* para proseguirlo en nuestra vida. No como una imitación mecánica de lo que hizo Jesús, sino como una actitud de amor y de fidelidad que nos lleve a sentir y conocer en cada momento y circunstancia aun en los detalles insignificantes de nuestra vida y de nuestra misión, lo que el Padre nos muestra como señal de su voluntad. Teniendo en cuenta que, si somos llamados a «reproducir los rasgos de su Hijo, de modo que este sea el mayor de una multitud de hermanos»¹³, somos llamados por nuestro propio nombre, es decir con una vocación personal e irrepitable, que nos obliga a conocer –como enseña San Ignacio– *el modo propio como Dios nos conduce* a cada uno.

Y lo primero que podemos considerar es que Jesús no procede con un programa prefijado de antemano. Se nos presenta como alguien que está en continuo diálogo con la realidad que lo circunda y que en cada momento tiene que decidir, descubriendo en esa realidad las señales de la voluntad de su Padre.

El capítulo 5 de Juan, con el relato de la *curación del paralítico*, nos ha dejado un diáfano ejemplo de la estructura del discernimiento de Jesús. En el fondo de todo está su experiencia íntima y original de Dios como Padre, que ha vivido en la intimidad de su relación con El. Dios es para él su Padre, el Dios de la vida, que se acerca al hombre como amor-misericordioso,

Sobre todo cuando sufre, cuando está amenazado en el núcleo mismo de su existencia y de su dignidad... Hacer presente: al Padre en cuanto amor y misericordia», «amor que se hace notar particularmente en el contacto con el sufrimiento la injusticia, la pobreza¹⁴.

¹² Ibidem.

¹³ Rom 8: 29.

¹⁴ JUAN PABLO II, *Carta Encíclica Dives in Misericordia*, I, 2. II, 3.

Está en el núcleo de su discernimiento. Por esa relación con el Padre, Jesús se entiende a sí mismo como sacramento de la misericordia del Padre, como aquel que viene a hacer visible a Dios, rico en misericordia. Ha sido ungido para anunciar la buena nueva,

En primer lugar a los pobres, carentes de medios de subsistencia los privados de libertad, los ciegos que no ven la belleza de la creación: los que viven en la aflicción del corazón o sufren a causa de la injusticia social, y finalmente los pecadores¹⁵.

Las palabras con que Jesús responde a los dirigentes judíos que le reclaman por haber violado la ley del descanso sabático poniendo a caminar al paralítico, muestran cuál ha sido el criterio de su discernimiento: es que «Mi Padre, hasta el presente, sigue trabajando y yo también trabajo».

Jesús afirma categóricamente que la creación no ha terminado. Mientras haya hombres privados de vida, medio muertos, reducidos o amenazados en su dignidad, oprimidos, como esa muchedumbre que yace en torno a la piscina, el Padre sigue creando y comunicando vida. Por encima de una ley de descanso interpretada y manipulada por los dirigentes para atar cargas pesadas sobre el pueblo, está el amor misericordioso de Dios, que se inclina hacia el afligido para auxiliarlo. «Un hijo no puede hacer nada por su cuenta, sino lo que ve hacer al padre; así, cualquier cosa que éste haga, eso lo hace igualmente el hijo... porque como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere»¹⁶. Ver lo que el Padre hace, es el criterio de la acción de Jesús.

Ahora bien, «El Padre quiere al Hijo y le muestra lo que hace»¹⁷. En esa relación íntima de amor, Jesús descubre las señales de la voluntad del Padre. Son las «mociones» que acompañan su discernimiento. En el mundo está presente y cercano el Amor, dando vida. Jesús lo siente actuando y ésta es la norma de su decisión de poner a caminar al paralítico.

Nuestro propio discernimiento consistirá, también en estar atentos a lo que el Padre, que sigue trabajando en la historia, hace hoy entre nosotros.

¹⁵ Ibidem.

¹⁶ Jn 5: 19ss

¹⁷ Ibid., 5: 20.

Discernir será rastrear esta presencia del Amor-misericordia que continúa dando vida. También nosotros sabemos que el Padre nos quiere y nos muestra lo que hace. El Espíritu, prometido por Jesús, ha sido derramado en nuestros corazones. Y ese Espíritu es el *compañero* que estará siempre con nosotros, al que el mundo no conocerá pero nosotros sí, porque está con nosotros y vive en nosotros; es el Espíritu que nos lo enseña todo y nos conduce hasta la verdad completa: la *memoria viviente de Jesús* que nos recordará en cada momento lo que él nos dijo; el *intérprete* que nos irá aclarando lo que vaya sucediendo; la fuerza que nos permitirá dar *testimonio* de Jesús; aquel que pondrá en nuestros labios lo que debemos decir ante los tribunales¹⁸.

5. «*La señal por excelencia que el Señor hace es el mismo Cristo*»¹⁹. En la persona de Jesús, el Padre nos muestra continuamente lo que Él hace. Dios es Jesús. San Pablo, en la primera Carta a los Corintios nos deja un texto luminoso:

Porque a nosotros nos lo reveló Dios por medio del Espíritu; y el Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios... el hombre naturalmente no capta las cosas del Espíritu de Dios, son necedad para él... en cambio, el hombre de espíritu, juzga todas las cosas... nosotros tenemos el pensamiento (la sensatez) de Cristo²⁰.

Se comprende, pues, cómo san Ignacio enmarca todo el proceso de discernimiento en la *contemplación de los misterios de la vida de Jesús*. El ejercitante, en un momento crucial de discernimiento, para investigar y demandar en qué vida o estado se quiere servir Dios de él, ha de comenzar su búsqueda «juntamente contemplando» la vida de Jesús²¹.

Es responsabilidad del director proponer al ejercitante, según las circunstancias concretas de su proceso espiritual, éste o aquel pasaje de la vida del Señor que más le ayuden en su búsqueda de seguimiento concreto de Jesús. Para ello San Ignacio deja al final del texto de los **Ejercicios** un compendio de los misterios de Jesús en forma de puntos para meditar y contemplar. ¿No fue así como nacieron los Evangelios, tomando pasajes de

¹⁸ Cfr. Jn 14: 16-7 y 26: 15, 26; 16: 12-14; Mt 10: 19-20.

¹⁹ P. PETER-HANS KOLVENBACH, S.J., *Reunión de superiores en Galloro (30.1.85)*: Información S.J. (marzo-abril 1985) 51.

²⁰ 1 Cor 2: 10-16.

²¹ Ejercicios Espirituales 135.

las diversas tradiciones de las comunidades que les ayudaran para su seguimiento concreto de Jesús?

San Ignacio escoge la contemplación de la *vida histórica de Jesús*, relevando así la importancia que ella tiene para discernir concretamente su seguimiento. Pero propone una experiencia de *encuentro con el Resucitado*, Rey eterno y Señor universal. La contemplación no ha de ser un recuerdo histórico, muerto, de un acontecimiento pasado. El ejercitante no tendrá que esforzarse artificialmente con su imaginación para retroceder siglos en la historia. Ha de «hacerse presente» al misterio que contempla: ver las personas, escuchar los diálogos, mirar lo que hacen y reflexionar sobre sí mismo para sacar provecho concreto de su experiencia espiritual. Jesús resucitado por su Espíritu, se hará también presente con el ejercitante para vivir con él e interpretar el misterio que se considera.

*Discernir
desde una
resurrección
sin cruz es
una tentación
peligrosa*

El discernimiento ignaciano se practica desde la *luz del Crucificado-Resucitado*. Porque discernir desde una resurrección sin cruz es una tentación peligrosa que fácilmente conduce a falsas opciones: al olvidar el camino kenótico de Jesús de Nazaret, pobre, humillado y tenido por loco, quedarnos expuestos a los engaños que denuncia la meditación de las banderas y podemos ser sutilmente arrastrados a hacer discernimientos con criterios de codicia de dinero, seducción del prestigio, ambición de saber y de poder. Al revés, discernir a la luz de la cruz sin resurrección, puede matar la esperanza y conducir a una resignación pasiva y a un seguimiento sin alegría y dinamismo. Esta doble tentación se ha vivido en algunos momentos en la Iglesia: imitar a un crucificado sin proyectar sobre él la fuerza liberadora de la nueva humanidad resucitada («vamos y muramos todos con él»), o seguir a un Mesías triunfante, excluyendo la locura y el escándalo de la cruz («Pedro lo tomó aparte y empezó a regañarlo diciendo: ¡lejos de ti, Señor, de ningún modo te sucederá eso!»).

6. El «magis» reclamado por el servicio eximio y el «minus» solicitado al seguidor de Jesús pobre y humilde como participación en el descenso solidario de Dios, rico en misericordia, a la historia, deben estar dialécticamente presentes en todo discernimiento. Así lo señaló la CG. 32 al recordar

a las instituciones apostólicas la necesidad de discernir su funcionalidad y eficiencia con los criterios propios de quienes hemos sido enviados a «predicar en pobreza»:

Los Superiores y Di rectores, recordando que el Señor ‘nos ha enviado a predicar en pobreza’, procuren con todo cuidado que nuestras instituciones apostólicas, rechazando cualquier forma de suntuosidad, se mantengan dentro de los límites de lo funcional, tomando como criterio las instituciones y obras análogas de la región, y teniendo siempre en cuenta la propia finalidad apostólica de las nuestras. Los Provinciales han de determinar cuanto sea necesario para que las instituciones apostólicas pertenecientes a la Compañía manifiesten siempre su carácter apostólico y sean signo de pobreza evangélica²².

LA CONTEMPLACIÓN PARA ALCANZAR AMOR Y EL DISCERNIMIENTO

7. Con las reflexiones anteriores podemos entender por qué la Contemplación para alcanzar amor debe ser considerada como la *oración propia del discernimiento*.

San Ignacio la propuso como una pedagogía para mantenernos siempre en el espíritu de la Cuarta Semana, es decir, viviendo inmersos en la presencia de Jesús resucitado que está todos los días con nosotros hasta el fin del mundo por medio de su Espíritu. Así, la contemplación nos capacita para vivir continuamente atentos al Amor que actúa silencioso pero eficazmente en nosotros. Infelizmente se habla de una «quinta semana»: un descenso de las alturas de la experiencia espiritual vivida, para reemprender las tareas ordinarias, como abandonados a nuestras propias fuerzas para poner trabajosamente en práctica los propósitos tomados; y como si el Señor se hubiese quedado allá en la montaña de la contemplación hasta que volvamos a encontrarlo en los próximos retiros ¡No! La Contemplación para alcanzar amor nos permite seguir caminando con el Resucitado, buscarlo y hallarlo

La Contemplación para alcanzar amor debe ser considerada como la oración propia del discernimiento.

²² Congregación General XXXII, Decreto 12, 33.

en todas las cosas, prolongar la experiencia espiritual de la unión con El en la actividad cotidiana. Esencialmente, esta contemplación consiste en una penetración profunda de la realidad –la nuestra interior, la del mundo y la de la historia en que nos movemos–, para descubrir en esa realidad, con ojos nuevos, la permanente presencia del Espíritu de Jesús, amor creador que nos invade por todas partes, haciendo la nueva humanidad. Hermosamente escribe Teilhard de Chardin:

Con los que quieran seguirme volveré al Agora. Y allí, todos juntos, oiremos a san Pablo decir a las gentes del Areópago: Dios que ha hecho al hombre para que éste le encuentre –Dios, a quien intentamos aprehender a través del tanteo de nuestras vidas–, este Dios se halla tan extendido y es tan tangible como una atmósfera que nos bañará. Por todas partes Él nos envuelve, como el propio Mundo. ¿Qué os falta, pues, para que podáis abrazarlo? Sólo una cosa: verlo. Este librito, en el que no se hallará sino la lección eterna de la Iglesia, pero repetida por un hombre que cree sentir apasionadamente con su tiempo, querría enseñar a ver a Dios por todas partes: verlo en lo más secreto, en lo más consistente, en lo más definitivo del mundo. Lo que estas páginas proponen y encierran es sólo una actitud práctica, o, más exactamente acaso, una educación de los ojos. No discutamos, ¿queréis? Pero situaos, como yo, aquí y mirad. Desde este punto privilegiado que no es la cima difícil reservada a ciertos elegidos, sino la plataforma firme construida por dos mil años de experiencia cristiana, veréis, con toda sencillez, operarse la conjunción de los dos astros cuya atracción diversa desorganizaba vuestra fe. Sin confusiones, sin mezclas, Dios, el verdadero Dios cristiano, invadirá ante vuestros ojos el Universo. El Universo, nuestro Universo de hoy, el Universo que os asustaba por su magnitud perversa o su pagana belleza. Lo penetrará como un rayo penetra un cristal, y a favor de las capas inmensas de lo creado, se hará para vosotros universalmente tangible y activo, muy próximo y, a la vez, muy lejano²³.

Difícilmente puede encontrarse una interpretación más densa de lo que es la Contemplación para alcanzar amor que la de esta página asombrosa de un jesuita profundamente inmerso en el mundo y, a la vez, totalmente penetrado por la presencia del Amor.

Esta contemplación nos permite *internarnos progresivamente* en la presencia del Amor creador que sigue cuidando y perfeccionando su creación sin descansar un instante. «*Tu guardián no duerme; no duerme ni reposa el guardián de Israel. El Señor te guarda a su sombra, está a tu derecha; de día*

²³ PIERRE TEILHARD DE CHARDIN, *El Medio Divino, Introducción*, Taurus 1967.

*el sol no te hará daño ni la luna de noche. El Señor te guarda de todo mal, el guarda tu vida: el Señor guarda tus entradas y salidas, ahora y por siempre*²⁴.

¿A dónde iré lejos de tu aliento, a dónde escaparé de tu mirada? Si escalo al cielo, allí estás tú; si me acuesto en el abismo, allí te encuentro; si vuelo hasta el filo de la aurora, si emigro hasta el confín del mar, allí me alcanzará tu izquierda, me agarrará tu derecha. Si digo: «que al menos la tiniebla me encubra, que la luz se haga noche en torno a mí», ni la tiniebla es oscura para ti, la noche es clara como el día²⁵.

En un primer esfuerzo de penetración repaso la historia de mi vida para encontrarme envuelto por la acción bienhechora del Amor: todo es don de Dios; su providencia misericordiosa cuida de mí y coopera en todas las cosas para mí bien. Aún los acontecimientos dolorosos, los aparentes fracasos, mi propia historia de pecado, son caminos misteriosos por los que Dios me conduce calladamente hasta que se me pueda dar El mismo definitivamente. En un segundo paso de profundización contemplativa descubrimos su habitación permanente en la creación entera, dando ser, vegetando en las plantas, censando en los animales, haciéndome entender y constituyéndome en templo de su permanente presencia en mí. Sigue un tercer momento de contemplación para comprender el trabajo humilde, silencioso y paciente con que Dios adelanta nuestra creación, portándose como un obrero, luchando difícilmente contra las resistencias que el pecado, que habita en nosotros, opone a la acción vivificante de su amor. Es El en persona,

Quien afianza los montes con firmeza, ceñido de poder; quien reprime el estruendo del mar y el tumulto de los pueblos; y es también el humilde agricultor que cuida de la tierra, la riega y la enriquece sin medida; llena su acequia de agua y prepara sus trigales, riega los surcos, iguala los terrones, su llovizna los deja esponjosos y bendice sus brotes; corona el año con sus bienes, sus carriles rezuman abundancia, las colinas se orlan de alegría, las praderas se cubren de rebanas y los valles se visten de mieses que aclaman y cantan²⁶.

Por fin, en un cuarto momento, de profundísima mística, nos revela su divinidad asomándose por todos los poros de la creación, convertida en transparencia de su mismo Ser.

²⁴ Sal 121.

²⁵ *Ibid.*, 139.

²⁶ *Ibid.*, 65.

Entonces, san Ignacio nos invita a RECONOCER EL AMOR que nos da señales por todas partes. Es un «conocimiento interno» que hemos de suplicar como gracia, para que *«enteramente reconociendo pueda en todo amar y servir a su divina majestad»*²⁷. Y entonces, viene el momento de la respuesta generosa: la entrega de nuestra libertad, de todo cuanto somos y tenemos, para que El disponga de nuestra vida conforme a su voluntad.

Reconocer el Amor supone en nosotros una sensibilidad connatural y espontánea, fruto de un previo conocimiento interior

Y aquí hemos tocado el punto en donde el discernimiento y la contemplación para alcanzar amor se encuentran y se confunden. Por el discernimiento buscamos y hallamos los signos de la voluntad divina sobre la disposición de nuestra vida y hacemos las opciones y elecciones que ordenan nuestro camino por donde nos quiere llevar el Señor. Por la contemplación para alcanzar amor «reconocemos» el Amor y le entregamos incondicionalmente nuestra libertad para que corra en adelante según el dictamen de su designio creador.

8. Reconocer el Amor supone en nosotros una *sensibilidad connatural* y espontánea, fruto de un previo conocimiento interior. Sólo una persona que tiene una rica experiencia del Espíritu de Jesús puede encontrar lo y reconocerlo entre las múltiples voces y señales, a veces ambiguas, contrarias y contradictorias, que solicitan su vida. Este es el conocimiento tan bellamente insinuado por Jesús en la descripción del Pastor y sus ovejas: «Conozco mis ovejas y mis ovejas me conocen a mí, escuchan mi voz y me siguen, y a todas las conduzco»²⁸. San Pablo pide a los Filipenses tener los mismos sentimientos de Cristo Jesús para caminar como El²⁹. El P. Arrupe insistía en la necesidad de tener el «*sensus christi*» como garantía de nuestra autenticidad y armadura de la libertad con que el jesuita tiene que estar en medio del mundo, sin pertenecerle, y desprovisto de muchas protecciones exteriores. Y todo esto es don de Dios: «*Nadie puede llegar a mí si el Padre que me mandó no tira de él*»³⁰. Don que Pablo suplica a Dios para esos cristianos, a quienes pide revestirse de las mismas actitudes de Jesús: «*Y esto pido en mi oración:*

²⁷ Ejercicios Espirituales 233.

²⁸ Cfr. Jn 10: 14-16.

²⁹ Cfr. Flp 2: 5.

³⁰ Jn 6: 44.

que su amor crezca todavía más y más en penetración y en sensibilidad para todo: así podrán ustedes acertar con lo mejor y llegar genuinos y sin tropiezo al día del Mesías, colmados de ese fruto de rectitud que viene por Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios»³¹.

En este sentido describe muy propiamente el discernimiento espiritual José M. Castillo, S.J.:

El discernimiento consiste en una experiencia estrictamente personal, la experiencia del amor cristiano. Este amor que invade la vida afectiva del creyente, hace brotar en el hombre una sensibilidad y un conocimiento penetrante (Flp 1, 9-10) que descubre, con una cierta connaturalidad y espontaneidad, lo que agrada al Señor³².

El discernimiento supone, pues un entrenamiento y una práctica, una especial finura y sensibilidad que nos permite «reconocer» las señales de Dios y discernirlas de otros movimientos y sollicitaciones «que en la ánima se causan». Lejos de ser un método o una técnica, se trata de una experiencia espiritual y requiere una rica vida de oración y de contemplación. San Ignacio habla de «sentir», de «conocer» (experimental e internamente), de «mociones». Pero tampoco él se atreve a dar una técnica acabada para la discreción de estas mociones. Las Reglas que escribe en el texto de los Ejercicios llevan esta prudente precaución en el título: «Reglas para en alguna manera sentir y conocer...»³³. A este respecto escribe con mucha razón William Peters:

¿Significa esto que Ignacio no se considera como el gran maestro en el discernimiento de mociones, que no estaba demasiado seguro del valor de sus reglas, que era consciente de que el verdadero discernimiento es don y obra de Dios hasta el extremo de limitarse a señalar algunos hechos fácilmente observables y algunos errores que fácilmente se cometen, a dirigir la atención hacia unas condiciones indispensables y unos obstáculos siempre presentes? De hecho, una lectura objetiva de las reglas nos convence de que eso es precisamente lo que hace Ignacio. El conjunto de las reglas no constituye un método o técnica para discernir mociones. Apenas sí nos sirven para otra cosa que para advertirnos sobre lo que fácilmente podría ocurrir, sobre los errores que se suelen cometer, sobre los asuntos importantes que se descuidan por ligereza. Lo que hacen principalmente las reglas es poner las bases para un adecuado discer-

³¹ Flp 1: 9-11.

³² J. M. CASTILLO, S.J., *La «imitación de Cristo» y «camino»: del discernimiento privatizado a la anulación del discernimiento*: Concilium 139 (1978) 540-41.

³³ Ejercicios Espirituales 313.

nimiento de las mociones, indicando las condiciones y tratando de remover los obstáculos. Fuera de eso no se puede ofrecer método alguno: para discernir de dónde vienen y a dónde van las mociones hay que permanecer en la luz. De este modo, Ignacio subraya que la madurez espiritual es un factor importante. . .³⁴.

Todo esto bastará para advertir sobre la discreción con que se ha de proceder en materia de discernimiento. Por una parte, no se puede *reducir el discernimiento*, como a veces parece que lo hacen algunos, a *una simple búsqueda de la voluntad de Dios por el tercer tiempo* y los modos de elección propuestos por san Ignacio para ese tiempo. El tercer tiempo en que puede hallarse el ejercitante en el momento de discernimiento, llamado tiempo tranquilo, se da cuando la persona no siente la agitación de varios espíritus y usa de sus potencias naturales libera y tranquilamente³⁵. Pero es sólo *uno de los modos* de discernir y de ninguna manera se agota allí el discernimiento. Todo lo contrario, el modo más característico de discernir es el que se da en el segundo tiempo *«cuando se toma asaz claridad y conocimiento por experiencia de consolaciones y desolaciones y por experiencia de discreción de varios espíritus»*³⁶. Por otra parte, nadie puede pretender lanzarse a un discernimiento personal ni embarcar una comunidad en proceso de discernimiento sin esa madurez espiritual fruto de una intensa vida de oración que nos capacita para «sentir», «discernir» y «reconocer», entre las varias mociones y los diferentes espíritus, la voz del Señor que nos interpela y cuestiona. Por fin, nadie podrá hacer solo el discernimiento, sin la ayuda de un director espiritual, adiestrado en el conocimiento de las diversas mociones, que acompañará a la persona como «testimonio del Espíritu» en ese reconocimiento. Toda la importancia que San Ignacio da al director de Ejercicios radica en este acompañamiento, como queda muy claro en las Anotaciones.

EL EXAMEN, INSTRUMENTO DE DISCERNIMIENTO

9. Si la contemplación para alcanzar amor es una pedagogía que nos lleva a esa madurez espiritual necesaria para saber «reconocer» la presencia y las señales del Amor que dirige nuestra vida, y ha de servirnos como modo frecuente de hacer oración, el examen es la oración cotidiana que ha de

³⁴ WILLIAM. A. PETERS, S.J., *Ignacio de Loyola y la «discreción de espíritus»*: Concilium 139 (1978) 535-36.

³⁵ Cfr. Ejercicios Espirituales 177.

³⁶ Ejercicios Espirituales 176.

acompañar nuestro discernimiento. El examen, entendido no como un repaso de nuestros pecados o un registro de nuestro progreso en virtudes particulares, sino como un encuentro con ese Amor creador que incesantemente nos conduce, para discernir sus mociones y para descubrir los obstáculos y resistencias que estamos oponiendo a su acción creadora en nosotros. El

*El examen es la
oración
cotidiana que ha
de acompañar
nuestro
discernimiento*

examen es como una pequeña Contemplación para alcanzar amor, que comienza precisamente con un «reconocimiento» amoroso y agradecido –«ponderando con mucho afecto»– de la acción bienhechora de Dios sobre nosotros en el espacio de nueva vida que examinamos. Pasa luego a una súplica para reconocer también, por la gracia, nuestros pecados, el desorden de nuestras operaciones y para tener un «conocimiento del mundo» en que nos movemos que no es otra cosa en realidad que el discernimiento acerca de las fuerzas que se oponen a la acción del

amor. Mirando entonces ese espacio de nuestra vida, con todo lo que hemos hecho, pensado o propuesto, podemos comprender si estamos caminando en la dirección de la voluntad de Dios, unidos con El en la acción; si estamos actuando como compañeros de Jesús. Comprenderemos nuestras «distracciones» a esa unión con Dios en la acción, que vienen a ser todos los pasos que hemos dirigido hacia nuestro propio proyecto, desviándonos del proyecto de Dios. Y re-ordenaremos nuestro camino, convirtiendo la dirección hacia la corriente del Amor.

¿Cómo me está llevando Dios? ¿Cómo voy respondiendo a su Amor creador? Es todo un cuestionamiento acerca de los criterios las motivaciones, las actitudes que dirigen mi vida. ¿En qué manera el amor-misericordia que actuaba en Jesús está actuando en mi propia vida? El examen supone también una continua actitud, alerta a la interpelación del Espíritu que gime dentro de mí con gemidos sin palabras, que es preciso interpretar. ¿Estoy haciendo de mi vida una escucha permanente del Espíritu?

De ahí la importancia vital que tiene el examen para quien quiere hacer del discernimiento una espiritualidad que acompañe todos los momentos de su vida. Basta recordar que san Ignacio lo practicaba cada hora y que no dispensaba de él a los enfermos.

CONDICIONES PARA EL DISCERNIMIENTO

10. Trataré largamente sobre este tema en el artículo «Tierra fértil de hombres fuertes»; tocaré sólo brevemente un punto de capital importancia, sin el cual es imposible intentar un serio discernimiento. Por causa de no «disponerse» a discernir poniendo las condiciones que San Ignacio exige, arriesgamos llegar a conclusiones que no tienen nada que ver con lo que Dios quiere de nosotros con el agravante de engañarnos, pensando que hemos discernido fielmente la voluntad del Señor. No se puede adelantar un auténtico proceso de discernimiento sin una *previa rectificación de nuestros criterios, sin una purificación de los afectos desordenados* de nuestro corazón que nos haga verdaderamente libres (indiferentes) para buscar y para hallar lo que Dios quiere, y *sin un grado de amor a Jesús pobre y humilde* que nos incline a identificarnos estrechamente con El. Cuántas veces emprendemos el discernimiento y lo llevamos adelante, cubriéndolo simplemente con la celebración de la Eucaristía o algunos momentos de oración, pero sin cuidarnos de haber arrancado el pecado que habita en nosotros. San Ignacio pide un corazón limpio, una mirada pura, para elegir lo que solamente nos dicte el amor de Dios.

*Todo discernimiento
tendrá que guiarse por
los mismos criterios y
actitudes de Jesús
pobre y humillado*

Como preámbulo para entrar en discernimiento, el ejercitante se detiene todo un día en dos meditaciones: de *Dos Banderas*, ejercicio practicado a media noche y otra vez a la mañana, con dos repeticiones a la hora de misa y a la hora de vísperas³⁷; y de *Tres Binarios*, como último ejercicio de la jornada, en lugar de la aplicación de sentidos. Además, dedica momentos durante todo el día a la consideración de los *Tres Grados de Humildad o amor*. Los tres ejercicios, juntamente, están encaminados a que el ejercitante se desnude delante de sí mismo para descubrir los obstáculos que pueden impedirle buscar y hallar la voluntad de Dios, y para removerlos con ayuda de la gracia, instantemente pedida.

La primera condición es la *rectificación de sus criterios* de elección, a través de la meditación de las *Dos Banderas*. Todo discernimiento tendrá que guiarse por los mismos criterios y actitudes de Jesús pobre y humilla-

³⁷ Cfr. Ejercicios Espirituales 148.

do. Cristo crucificado es el único camino que se ofrece a su seguidor para servir a Dios nuestro Señor. ¿Cuál es la figura de Jesús que va a dirigir mi discernimiento? ¿El auténtico Jesús del Evangelio, o un Jesús que me he fabricado a mi acomodo, en complicidad con los criterios y valores de este mundo: codicia de riqueza, seducción de prestigio ambición de poder? La advertencia de Ignacio a los engaños del enemigo de natura humana que '*sub angelo lucis*' nos propone un seguimiento de Jesús con esquemas y valores del mundo, coincide con la que hace Pablo a los cristianos de Corinto:

Me temo que, igual que la serpiente sedujo a Eva con su astucia, se pervierta su modo de pensar y abandonen la entrega y fidelidad al Mesías. Porque si el primero que se presenta predica un Jesús diferente del que yo prediqué, o reciben ustedes un espíritu diferente del que recibieron y un evangelio diferente del que aceptaron, lo aguantan tan tranquilos³⁸.

Para prevenir tal engaño recomienda encarecidamente Pablo a los Romanos:

Los exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios, a que ofrezcan su propia existencia como sacrificio vivo, consagrado, agradable a Dios, como su culto auténtico; y no se amolden a los esquemas de este mundo, sino que vayan transformándose con la nueva mentalidad, para que sean capaces de distinguir lo que es la voluntad de Dios, lo bueno lo que le agrada, lo acabado³⁹.

Rectificados los criterios para disponemos a discernir según «la verdadera vida» que nos ofrece Cristo nuestro Señor, se pasa a la verificación de la siguiente condición: alcanzar la libertad frente a los afectos desordenados que nos esclavizan: apegos a riquezas, saber, prestigio, influencias, poder, personas, lugares, tradiciones, ideologías, compromisos, connivencias. Cualquiera de estas ataduras puede hacemos diferir por largo tiempo la búsqueda de la voluntad de Dios sobre algún aspecto no debidamente integrado en su proyecto (lo. Binario); o a practicar discernimientos que son más bien «racionalizaciones» que nos impiden ir «derechos a Dios», para hacer «que Dios venga derecho» a nuestras afecciones desordenadas⁴⁰. Tal ejercicio de liberación nos dispone para no elegir sino aquello que «*Dios nuestro Señor le pondrá en voluntad y a la tal persona le parecerá mejor para servicio y alabanza de*

³⁸ 2 Cor 11: 3-4.

³⁹ Rom 12: 1-2.

⁴⁰ Cfr. Ejercicios Espirituales 169.

su divina majestad»⁴¹. En la Anotación 16 sugiere San Ignacio a la persona que está «afectada e inclinada desordenadamente», que se mueva, poniendo todas su fuerzas para venir a la disposición contraria, y que inste en oraciones y otros ejercicios espirituales pidiendo que el mismo Dios nuestro Señor «ordenando sus deseos, le mude su afección primera». La libertad es fruto de la gracia; el Señor personalmente «mueve» e induce la transferencia afectiva que es necesaria para que la persona pueda elegir según Su voluntad.

La tercera condición es que el ejercitante sea atraído a un *amor apasionado a Jesús pobre y humilde*. Este grado de amor lo impulsará a desear y pedir «ser puesto con el Hijo», para imitarlo y parecerse más actualmente a su Señor pobre, colmado de oprobios y tenido por loco y vano. Aquí tampoco se trata de una pura conquista humana, sino de un don gratuito. Buscando sólo la mayor gloria de Dios, el ejercitante insiste en la oración para ser admitido en esta condición de anonadamiento que lo asemeje más a Jesús.

En el Examen General que propone a los candidatos a la Compañía, Ignacio les presenta este ideal, propio de quienes desean caminar en el espíritu y seguir de veras a *Cristo nuestro Señor*. Pero admite que, por la humana flaqueza, un candidato puede no encontrarse en tan encendido deseo. Entonces le pregunta si al menos «se halla con deseos algunos de hallarse con ellos»⁴². Sin embargo, lo que es tolerado en los candidatos –o quizás en un caso particular de mediocridad espiritual– no se consiente a los jesuitas formados, de quienes se espera y presupone que, después de largo tiempo y probación de vida, hayan llegado a ser «*personas espirituales y aprovechadas para correr por la vía de Cristo nuestro Señor*»⁴³. Consecuentemente se registrarán siempre por los dictados de la «discreta caridad» y, habiendo optado por la suma pobreza espiritual y actual, acompañarán ineludiblemente sus discernimientos con un deseo eficaz de «*ser puestos con el Hijo*», si así lo quiere Dios para un servicio más eximio y significativo en su Reino.

Sin este deseo, convertido en opción deliberada, todo discernimiento se quedará siempre a mitad del camino del amor. Dominará sobre nosotros el temor, o la prudencia mezquina, o la mediocridad. Antes de discernir será preciso, pues, tomar la temperatura de nuestro corazón: ¿Cuánto amamos

⁴¹ Ejercicios Espirituales 155.

⁴² Cfr. Constituciones 44-45.

⁴³ Constituciones 582.

a Dios y a nuestros hermanos? ¿Qué atracción ejerce sobre nosotros Jesús pobre, humillado, desprestigiado, solidario y servidor de sus hermanos más pequeños? ¿Hasta dónde nos impulsa ese amor? ¿Nos mantendrá en una sensibilidad inoperante, pronta a encontrar excusas y rodeos como el sacerdote y el levita del Evangelio de Lucas? ¿Solamente a ciertos actos de compasión y caridad, tranquilizadores de conciencia? ¿A compromisos «prudentes» y recortados?

Esta condición adquiere para nosotros carácter apremiante ante la reciente exhortación del P. General a toda la Compañía para asumir seria y concretamente la pobreza y la opción preferencial por los pobres y a luchar «*en nombre del Evangelio de la bienaventuranza de la pobreza, contra toda injusticia y pobreza*»⁴⁴. Si en algún momento se toleró el «deseo de deseos», por nuestra humana flaqueza hemos sido convocados a realizar en nuestra vida y en nuestro apostolado todas las implicaciones de esta opción preferencial por los pobres, cuyas consecuencias concretas la Compañía no conoce aún. Son palabras del P. General, quien afirma que «*la petición de Ignacio de ser puesto con el Hijo, escuchada en la Storta, se ha convertido en la oración de la Compañía, de ser puesta con aquellos que encarnan la predilección de Jesucristo, en y para su Iglesia*»⁴⁵.

LA DISCRETA CARIDAD

11. Esta expresión que aparece tardíamente en los escritos de su generalato y falta en el primer texto de las Constituciones, la acuña San Ignacio para formular el criterio último de proceder que ha de tener un jesuita formado⁴⁶. La caridad, juntamente con la prudencia, han de inspirar las decisiones importantes, como despedir a un jesuita o imponerle una severa penitencia⁴⁷. Un superior en tales casos, comenta Nadal, debe proceder con la «*prudens charitas*», es decir: «con afecto que brote juntamente del amor a Dios y al prójimo y que sea, a la vez, prudente y discreto, apurando tanto la prudencia que aquel afecto no se desvíe de lo que postula la verdadera

44 PETER-HANS KOLVENBACH, S.J., *Carta sobre la recepción de la CG 33*: Información S.J., 96 (marzo-abril 1985) 42.

45 *Ibid.*, pág. 43.

46 Cfr. Constituciones 582. Texto añadido por Ignacio de su propia mano.

47 *Ibid.*, 209, 211 (caridad indiscreta), 237, 269, 754 («prudente caridad» del General).

caridad»⁴⁸. La «discreta caridad» viene a ser entonces para Nadal «el afecto guiado por aquella prudencia que recibimos en Cristo como gracia propia de nuestro Instituto»⁴⁹.

La discreta caridad es el fruto maduro del discernimiento ya que éste consiste precisamente en sentir, discernir y acatar la unción del Espíritu que nos endereza en todo por la interior ley de la caridad y amor que El mismo escribe e imprime en nuestros corazones. La discreción y la consideración prudente de la realidad («vista la disposición de las cosas presentes y la unción del Santo Espíritu») guiarán todas aquellas decisiones en que es preciso tener en cuenta las circunstancias particulares de personas, tiempos y lugares. Todo se remite al «discreto celo» de quienes tienen la responsabilidad de una decisión sobre sí mismos o sobre otras personas. Es la libertad de espíritu, que brota de ese amor dirigido por la prudencia sobrenatural que, como hemos visto, Nadal considera parte del carisma de nuestra vocación.

La discreta caridad pertenece a la *madurez espiritual* a la que se llega tras una larga probación marcada por la purificación de los afectos, la docilidad, la generosidad y la experiencia. Por eso San Ignacio no la señala como norma de conducta sino a los superiores y a los religiosos formados. Caridad y prudencia son don de Dios. Ignacio no las enseña: las remite a la acción del Santo Espíritu.

Su sabiduría lo lleva, sin embargo, siempre cauteloso y prudente para que nos guardemos de las ilusiones del demonio en nuestras devociones, a hacer discernir la caridad. La frase inmortal de Agustín: «Ama y haz lo que quieras» señala la libertad con que nos liberó Jesús para que sigamos los pasos del Espíritu y produzcamos los frutos del amor, la alegría, la paz, la generosidad...⁵⁰. Sin embargo, Ignacio habla también de una «caridad indiscreta». Así comenta William Peters este problema:

No convendría, dada la multitud y variedad de movimientos que se dan en la Iglesia de nuestros días, separar el discernimiento de mociones y el interés y el valor de la espontaneidad, íntimamente asociada a veces con el movimiento de renovación carismática. Con harta frecuencia se confunde la espontanei-

⁴⁸ Nadal, Scholia in Const. (sobre el n. 209). Traducción del latín.

⁴⁹ Ibid., (sobre el número 582).

⁵⁰ Cfr. Gal 5.

dad con la moción del Espíritu Santo, como si fuera una efusión del mismo Espíritu, «quod demonstrandum est»... En sus relaciones con otras personas (Ignacio) había podido observar con pena, cómo incluso en la Iglesia, algunos santos se habían extraviado, llegando a extremos lamentables y desastrosos. Nos referimos a los inquisidores, muchos de los cuales se guiaban por el amor a la Iglesia, se movían por el vehemente deseo de conservar la doctrina en toda su pureza y ni siquiera ponían en duda que sus mociones proviniesen de Dios. Hoy podemos ver las cosas con mayor claridad. Ignacio sabía que el discernimiento no resultaba más fácil, pero sí mucho más urgente, en una época en que los cristianos estaban expuestos a una gran complejidad de mociones, que ejercían una poderosa atracción por el influjo del Renacimiento y de la Reforma y la Contrarreforma. Sabiduría, cautela, prudencia y vida de oración, forman la base del discernimiento ignaciano de las muchas mociones a que se halla expuesto el hombre»⁵¹.

Al hablar de la consolación sin causa precedente, en la que es propio del Creador «*entrar, salir, hacer moción en el alma, trayéndola toda en amor*»⁵². San Ignacio advierte, sin embargo, que la persona espiritual

Debe con mucha vigilancia y atención mirar y discernir el propio tiempo de la actual consolación del siguiente... porque en este segundo tiempo, por su propio discurso, o por el buen espíritu o el malo, forma diversos propósitos y pareceres... que han de ser mucho bien examinados antes de que se les dé entero crédito, ni que se pongan en efecto»⁵³.

LA MISERICORDIA, EN EL CORAZÓN DEL DISCERNIMIENTO

El amor de Dios presente y actuante en el mundo, con el cual el discernimiento nos lleva a coincidir y cooperar, se revela ante todo como *misericordia y ternura de Dios*, especialmente inclinada hacia los más débiles y los pequeños. El papa Juan Pablo II lo expresa con riqueza de pensamiento:

En el cumplimiento escatológico, la misericordia se revelará como amor, mientras que en la temporalidad, en la historia del hombre –que es a la vez historia de pecado y de muerte– el amor debe revelarse ante todo como misericordia y actuarse en cuanto tal; ...precisamente porque existe el pecado en el mundo,

⁵¹ WILLIAM. A. PETERS, S.J., Op. cit., p. 537-538.

⁵² Ejercicios Espirituales 330.

⁵³ Ibid., 336.

al que Dios amó tanto... que le dio su Hijo unigénito, Dios que «es amor» no puede revelarse de otro modo si no es como misericordia⁵⁴.

Jesús vino a hacer visible esa cercanía de Dios con los pobres y los pequeños. Se hizo sacramento de la misericordia, ungido y volcado por el Espíritu sobre toda miseria humana para sanarla. La compasión, o mejor, la misericordia, lo llevaron constantemente a tomar decisiones en favor de los enfermos y pecadores que encontraba en su camino. La misericordia fue para él un *principio permanente de discernimiento*, como se percibe en sus milagros y en sus parábolas⁵⁵. Él hace siempre lo que ve hacer al Padre; y su Padre es el Dios de los pobres, el Dios que se acordó de su misericordia de generación en generación, desbaratando los proyectos de los soberbios, destronando a los poderosos de sus tronos, despidiendo a los ricos con las manos vacías, para levantar a los humildes y colmar de bienes a los hambrientos⁵⁶.

*La moción
fundamental del
Espíritu, su carisma
más excelente, nos
conduce, pues, a ser
portadores del
amor-misericordia*

A sus discípulos les exigió «que a su vez se dejaran guiar en su vida por el amor y la misericordia. Esta exigencia forma parte del núcleo mismo del mensaje mesiánico y constituye la esencia de *ethos* evangélico. El Maestro lo expresa bien, sea a través del mandamiento definido por él como «el más grande», bien en forma de bendición, cuando en el discurso de la montaña proclama: «Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia»⁵⁷. El programa de seguimiento de Jesús se concentra en «ser misericordiosos como el Padre es misericordioso»⁵⁸.

La moción fundamental del Espíritu, su carisma más excelente, nos conduce, pues, a ser portadores del *amor-misericordia*. Hacernos misericordiosos, solidarios, a ejemplo de Jesús, especialmente con los más pobres y desheredados, será una *constante de discernimiento*, particularmente en nuestras opciones por la justicia. El grito de los pobres, que sentimos alzar-

⁵⁴ JUAN PABLO II, *Carta Encíclica Dives in Misericordia*, V, 8. VII, 13.

⁵⁵ Cfr. Mt 9: 36; 14: 14; 20, 34; Mc 6: 34; 8: 2; Lc 7: 13; 10: 33; 15: 20.

⁵⁶ Cfr. Magnificat, Lc 1: 47ss.

⁵⁷ JUAN PABLO II, *Carta Encíclica Dives in Misericordia*, II, 3.

⁵⁸ Lc 6: 36.

se más acuciante que nunca, como un clamor claro, creciente, impetuoso y en ocasiones amenazante, desde el fondo de su indignancia personal y de su miseria colectiva, es «una llamada insistente a una ‘conversión de la mentalidad y de los comportamientos’ en particular para vosotros que seguís ‘más de cerca’ a Cristo en su condición terrena de anonadamiento», dice Pablo VI a los religiosos⁵⁹. Y añade: «Y entonces, ¿cómo encontrará eco en vuestra existencia el grito de los pobres»⁶⁰, trazando a continuación todo un programa de discernimiento sobre nuestras actitudes y compromisos, guiado por la misericordia.

La misericordia está en el corazón del discernimiento desde tres ángulos principales:

- Como *motivación*, que nos saca de nosotros mismos rompiendo la dureza de nuestro corazón y «abriéndonos a nuestra propia carne» para sensibilizarnos ante el dolor del hermano y acudir a solidarizarnos, compartir y aun convivir con él. El samaritano que iba de viaje llegó hasta donde estaba el hombre asaltado por los bandidos «y al verlo, sintió compasión y se acercó». Fue la misericordia la que lo sacó de sí mismo –mientras el sacerdote y el levita hicieron un rodeo– y lo llevó a hacerse prójimo del hombre tirado en el camino;
- Como *acompañante* y continuo punto de referencia que nos dicta el talante de nuestras acciones y nos lleva a proceder con los mismos sentimientos de Cristo Jesús. No sólo nos indica lo que debemos hacer sino también *como hacerlo* en el espíritu de las bienaventuranzas. Porque sin este amor-misericordia todo nuestro quehacer será como campana ruidosa o platillos estridentes. En cambio, guiados constantemente por ella, actuaremos con paciencia y afabilidad, sin envidia ni jactancia, con decoro, sin buscar nuestro propio interés, sin irritarnos ni tomar en cuenta el mal, no simpatizando con la injusticia sino alegrándonos con la verdad disculpando, confiando, esperando, soportando siempre⁶¹;

⁵⁹ PABLO VI, *Exhortación Apostólica Evangélica Testificatio* 17. Cfr. Puebla 87-89.

⁶⁰ *Ibid.*, 18.

⁶¹ Cfr. 1 Cor 13: 1ss.

- Como *trascendencia* de un mero trabajo por la justicia, conduciéndonos más allá, hacia una justicia superior que apunta «a la liberación integral del hombre, que es la ciudad de Dios-con-nosotros»⁶² en la plena comunión y participación de hermanos reconciliados y sentados a la mesa del Padre común para compartir solidariamente los bienes de la creación.

Conclusiones

Al final de estos puntos de reflexión sobre el discernimiento cabe una *descripción* del mismo, formulada por el P. Arrupe y utilizada por él mismo en diversas ocasiones. Descripción que hizo suya el nuevo P. General en su reciente carta sobre la recepción de la CG 33 por la Compañía.

El mero recoger e interpretar los datos acerca de los hechos, por más que sea esencial, no es todavía hacer el discernimiento; hablando con propiedad, es una reflexión hecha en la oración sobre la realidad humana –que hemos tratado de captar lo más clara y objetivamente posible– a la luz de la fe, y teniendo el siguiente objetivo: modelar nuestras vidas y orientar nuestras acciones respecto a tal realidad sólo y únicamente según lo indique el Espíritu⁶³.

Esta descripción abarca, a mi manera de ver, las modalidades que tiene el discernimiento según los diversos tiempos y modos de elección propuestos en el texto de los Ejercicios. En realidad, la «indicación» del Espíritu puede captarse, según san Ignacio, en tres diversos tiempos:

- Cuando Dios mueve y atrae la voluntad tan clara y fuertemente, que la persona no duda ni puede dudar en seguir «lo que le es mostrado». Aun en este primer tiempo se requiere un discernimiento para tener la certeza de que se trata de una moción divina;

⁶² P. PETER-HANS KOLVENBACH, S.J., *Homilía en Río de Janeiro y Caracas*, octubre 1984.

⁶³ PEDRO ARRUPÉ, S.J., *La Iglesia de hoy y del futuro*, Bilbao 1982, 322. Cfr. también en el mismo libro, págs. 72 y 651. El P. KOLVENBACH, al hacer suya esta descripción, la modifica un poco: «Es una reflexión, en oración, sobre la realidad humana concreta, percibida lo más clara y objetivamente posible, a la luz de la fe, en el Espíritu y en su Iglesia, para introducir en las exigencias apostólicas inamovibles del carisma propio de la Compañía, las orientaciones de futuro, a las que llama el Espíritu, en y para su Iglesia»

- El discernimiento, en su momento más característico, se da en este «segundo tiempo», es decir, cuando se logra suficiente claridad y conocimiento de la moción divina por experiencia de consolaciones y desolaciones y de discreción de los varios espíritus que mueven a la persona;

- La tercera modalidad, a la que Ignacio apela sólo cuando no se ha logrado discernir en los tiempos anteriores, por no tener el espíritu agitado por diversas mociones, discierne el querer divino con el ejercicio de las potencias naturales, tranquila y libremente. Aun en este «tercer tiempo», la persona ha de pedir a Dios que quiera «mover» su voluntad y «poner» en su alma lo que debe hacer, discurriendo luego, bien y fielmente con el entendimiento y eligiendo conforme a la «sanctísima y beneplácita voluntad». Y una vez terminada la deliberación, debe ir la persona con mucha diligencia a la oración, delante del Señor, y ofrecerle lo que ha decidido para que Ella «reciba y conforme». Esta confirmación, que por lo demás termina todo proceso de discernimiento, se busca a través de consolaciones, hasta encontrar «un juicio pleno y una voluntad suave y libre», en la paz y gozo del Espíritu, para hacer lo que se ha decidido⁶⁴.

También Pablo VI en ***Octogesima Adveniens*** invita a las comunidades cristianas al discernimiento, señalando los grandes elementos del proceso, que la CG 32 recomienda a los jesuitas:

Frente a situaciones tan diversas, nos es difícil pronunciar una palabra única, como también proponer una solución con valor universal... Incumbe a las comunidades cristianas analizar con objetividad la situación propia de su país, esclarecerla mediante la luz de la palabra inalterable del Evangelio, deducir principios de reflexión, normas de juicio y directrices de acción... A estas comunidades cristianas toca discernir, con la ayuda del Espíritu Santo, en comunión con los obispos responsables, en diálogo con los demás hermanos cristianos y todos los hombres de buena voluntad, las opciones y los compromisos que conviene asumir para realizar las transformaciones sociales, políticas y económicas que se consideren de urgente necesidad en cada caso⁶⁵.

⁶⁴ Cfr. Ejercicios Espirituales 175-178. 180, 183.

⁶⁵ PABLO VI, *Carta Apostólica Octogésima Adveniens* 4. Cfr. CG 32, Decreto 4, 73.

El discernimiento no es, pues, una técnica ni un método de deliberación puramente prudencial. Tampoco es un apéndice de nuestra vida espiritual. Ni un recurso extraordinario sólo para momentos muy trascendentales de nuestra vida; si bien en esas decisiones más cruciales se requiera un proceso más acurado, con el recurso a todos los medios enseñados en el texto de los **Ejercicios**. El discernimiento es una experiencia espiritual que pertenece a la práctica misma del seguimiento de Jesús y que ha de acompañar y dictar nuestras opciones y nuestro talante cristiano aun en los asuntos más pequeños de nuestra vida y de nuestro trabajo. En ninguna cosa, por minúscula que sea, podemos escapar de preguntarnos qué le agrada al Señor; y en todas ellas podemos esperar que Él nos dé a sentir su voluntad.

Es, por lo demás, fruto de una larga escuela de oración y contemplación, de experiencia de Jesús, en la que vamos adquiriendo el «*sensus Christi*» que nos permitirá «sentirlo» y «reconocerlo» en todas las personas y acontecimientos como por connaturalidad.

Requiere, por lo mismo, una *específica formación espiritual para discernir*, en la que entran: la *oración en forma de Contemplación* para alcanzar amor, a fin de aprender a buscar y hallar a Dios-amor en todas las cosas y estar unidos con El en la acción; la *contemplación de la persona de Jesús*, prototipo de todo discernimiento; el examen constante, entendido como lo describimos anteriormente; un *entrenamiento para sentir, discernir y reconocer mociones*, bajo la guía de un experto director; y la *práctica real de discernimiento*, apoyada y estimulada por superiores y formadores, que deberían propiciar oportunidades para que los jóvenes tomen decisiones por este medio. Pero sobre todo se requiere una gran *humildad* para comprender que discernir no es una manera expedita de aprisionar la voluntad de quien es el Inmenso e Incomprensible, el Dios siempre mayor, que nos interpela en forma novedosa e insospechada y a quien podemos experimentar solamente en la medida en la que graciosamente se nos quiera comunicar, tocándonos, moviéndonos, poniendo deseos, para usar el lenguaje ignaciano. En una palabra, el discernimiento es simplemente para buscar la más fiel y recta respuesta, en un paso concreto, a lo que sentimos que el Señor quiere de nosotros aquí y

*El discernimiento
es una experiencia
espiritual que
pertenece a la
práctica misma del
seguimiento de Jesús*

ahora. No podemos estar seguros de cuál es su voluntad precisa, y su ruta nos es desconocida. Sabemos que trabaja calladamente en nosotros para hacernos hijos en el Hijo y que lucha con paciencia contra las resistencias que le opone el pecado que habita en nosotros. Caminamos paso a paso en la fe, como Abraham, que obedeciendo a la indicación de Dios salió para el lugar que había de recibir en herencia, y salió sin saber a dónde iba. Corremos la aventura, «*fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consuma la fe*»⁶⁶; atentos, como El, a lo que hace el Padre en nosotros y en la historia: conducidos, como El, por su Espíritu, el amor que «no nos deja escapatoria»⁶⁷. Y «reconociendo» el Amor, le entregamos nuestra libertad para que se sirva de ella como quiera.

Es tan sencillo lo que nos declara el discernimiento como lo que explicó el profeta Miqueas a Israel que preguntaba lo que debía hacer para aplacar al Señor: ¿Un millar de cameros? ¿Diez mil arroyos de aceite? ¿Mi primogénito?:

Hombre, ya te he explicado lo que está bien, lo que el Señor desea de ti:
tan sólo practicar la justicia,
amar con ternura
y caminar humildemente con tu Dios⁶⁸.



⁶⁶ Hebr 11: 8. 12: 2.

⁶⁷ 2 Cor 5: 14 (*Charitas Christi urget nos*)

⁶⁸ Miq 6: 8.